

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ, CONTAR Y ENTENDER LA VIDA

Un trágico suceso, un asesinato tan real como cercano, recorre esta novela en cuyas páginas su autor no solo busca la verdad de unos hechos sino también de la literatura misma

JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

Ha hecho mucho daño a la comprensión de la literatura la categoría crítica de la autoficción, con la que esta novela nada tiene que ver. El daño principal es que la pantalla de esa categoría está ocultando, tras la niebla de un concepto fácilón, que la mejor literatura que esta escribiéndose en España por parte de una generación de autores tiene que ver con un límite que siempre está ahí: la necesidad de contar la vida, y quizá de entenderla mientras se hace. La necesidad de conocerse. En ese ámbito escritural del yo que no necesita de la ficción para ser novela, se inscriben algunos de los mejores libros que he leído en los últimos años. Citare dos con los que la novela de Miguel Ángel Hernández comunica: *Lo que a nadie le importa* de Sergio del Molino y *Ordesa* de Manuel Vilas. Hay en ellos la comunicación de una necesidad, la escritura como ámbito donde se dirime la búsqueda de una identidad que se origina en el ámbito familiar, muchas veces cuando el padre o la madre ha muerto o, como en el caso de M. Á. Hernández, cuando un suceso del pasado necesita ser contado para entenderse, y quizá aceptarse. Son libros de pérdida y de ganancia. Casi siempre de salvación de una memoria que tiene la necesidad de decir para que exista.

Apuntaba Torrente Ballesster que la literatura confiere al mundo los desenlaces de que este carece. De ahí su necesidad, porque solo la literatura puede resolver las nieblas de tu pasado o los vacíos que debe un sujeto rellenar. En esta novela hay un momento liminar, sucede al final de la sección IV, titulada «Performance», cuando el narrador percibe la inutilidad de la novela para decir la vida, porque las palabras son una derrota, una representación, una *performance*, tras la que el artista duda de su verdad, por su impostura. Ese límite impone a la literatura su frontera. Ocu-

rre desde que Platón lo perfiló. Pero el otro límite es el silencio, ilusionarse con que la vida es algo que no necesita de la narración o de la palabra para existir, que la memoria puede llegar a ser aunque no se diga, o que la historia es algo que puede sobrevivir sin relato.

Asesinato brutal

Estas reflexiones nacen de la singularidad de una novela formidable que tiene distintos planos de lectura. Uno primero, que es el más llamativo, es la necesidad de contar un hecho

con el que comienza y nunca abandona: el mejor amigo del autor se tiró por un barranco después de asesinar brutalmente a su propia hermana. Ocurrió hace veinte años. Siempre estuvo ahí, pero no estaba, era la sombra que quería permanecer en tiniebla. Mejor olvidarlo. Cuando tal cosa no es posible, cuando un autor tiene la necesidad de iluminar, nace una novela, a la que el lector asiste desde el proceso de su misma escritura. Sus dudas, miedos, dificultades, la reflexión sobre lo posible e imposible del con-

tar, la de saber o no hacerlo.

Este es el segundo plano. Hernández es uno de los novelistas más reflexivos. Es profesor de teoría del Arte y piensa que casi nada sea inocente. El artificio cervantino, que quizá le ha llegado por la vía de Cercas, ha sido dominante en el plano de la estructura narrativa: es una novela cuya escritura está haciéndose mientras el lector la lee. Pero hay otro plano: la *quête*, la búsqueda de la verdad termina siendo otra cosa distinta a la que originó la novela. La pregunta sobre aquel crimen lleva al narrador a encontrarse con la historia de sus huidas, de su profunda incomunicación con un mundo, el de la huerta, al que pertenece y del que se ha enajenado. Para respirar, para vivir. Es un nudo de conflicto entre dos culturas, la del pasa-



El dolor de los demás
Miguel Ángel Hernández
Anagrama, 2018
307 páginas
10,99 euros
★★★★

do y la del presente, que atraviesa como una daga los sentimientos de no pertenencia intelectual y, sin embargo, la necesidad de salvación afectiva.

Como ocurrió con Edipo, la indagación del crimen es una búsqueda de uno mismo, de su propia infancia compartida con el asesino Nicolás, y finalmente, cuando la novela da el giro hacia su salvación, la de la Rosi, la víctima

que había quedado subalterna, sin lenguaje. Hay además otro plano, narrado muy eficazmente en segunda persona, en el que la niñez desde la memoria del narrador es vista en *flashes* indagatorios, profundamente lúcidos. En esta gran novela triunfa la literatura, porque sabe ir más allá de la ficción y urge a la palabra la restauración de la verdad no dicha. No conocida sin ella. ■



«No me gusta el término "autoficción". Reconstruir lo sucedido es más una crónica, con autobiografía»

«Me interesa abordar la sociedad a través de uno mismo»

«La literatura a veces abre la caja de los truenos»

CARMEN R. SANTOS

–Encabeza el libro una cita de Susan Sontag. ¿Su título está inspirado en su ensayo *Ante el dolor de los demás*?
–Sí. Sontag es un referente y creo que ese ensayo da justo en el corazón de nuestra época. Me cautiva su reflexión sobre las imágenes del sufrimiento del otro, pero también su visión sobre la memoria como el único lugar en que viven los muertos.
–¿También comparte su tesis y denuncia de que somos insensibles al dolor ajeno?
–Absolutamente. Y esa insensibilidad contrasta con la proliferación de imágenes impactantes que supuestamente deberían atravesarnos la retina. Pero las vemos en el televisor o en internet y seguimos comiendo como si nada.
–Al principio señala que debía escribir esta novela, pese a que reabría muchas heridas. ¿Cuántas ha reabierto en usted? ¿Y en los demás?
–Todas. Incluso aquellas que no sabía que estaban ahí. Ha regresado la culpa, los traumas no superados, lo que ya no tiene remedio. Las que ha reabierto en los demás aún no las conozco. Supongo que llegarán. Y es lo que más me preocupa. No han pedido salir en el libro.
–¿No obstante, ha sido una terapia?
–Al empezar a escribirlo creí que sí. Al terminar, ví que estaba en un error. A veces la literatura abre la caja de los truenos. Aunque los mensajes de empatía de los lectores, sintiéndose cercanos a las emociones, me sirven de bálsamo. Como si uno se reconociese en una comunidad de sufrientes, de todo tipo de dolor. ■